



ELINOR CLEGHORN

# ENFERMAS

Una historia sobre las mujeres,  
la medicina y sus mitos  
en un mundo de hombres

PAIDÓS

**ELINOR CLEGHORN**

# **ENFERMAS**

---

Una historia sobre las mujeres,  
la medicina y sus mitos  
en un mundo de hombres

Traducción de Ana Pedrero Verge

**PAIDÓS Contextos**

Título original: *Unwell Women*, de Elinor Cleghorn  
Publicado originalmente en inglés por Weidenfeld & Nicolson, un sello editorial de  
The Orion Publishing Group Ltd

1.ª edición, marzo de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Elinor Cleghorn, 2021

© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2022

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2022

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3914-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Déposito legal: B. 1.717-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*



# SUMARIO

Introducción . . . . .	13
------------------------	----

## Primera parte

### DESDE LA ANTIGUA GRECIA HASTA EL SIGLO XIX

1. Úteros errantes . . . . .	35
2. Poseídas y corruptoras . . . . .	47
3. Bajo la piel . . . . .	67
4. De los nervios . . . . .	79
5. Sentir dolor . . . . .	97
6. Placeres contagiosos . . . . .	113
7. La locura del sangrado . . . . .	133
8. Descanso y resistencia . . . . .	147

## Segunda parte

### DESDE FINALES DEL SIGLO XIX HASTA LA DÉCADA DE 1940

9. Sufragio y represión . . . . .	171
10. Los anticonceptivos . . . . .	191

11. La mujer radiante . . . . .	227
12. Levantar la maldición . . . . .	255
13. Obedientes y disciplinadas . . . . .	281
14. Controlar y castigar . . . . .	309

Tercera parte  
DESDE 1945 HASTA HOY

15. Salud pública, dolor privado . . . . .	327
16. Las amiguitas de mamá . . . . .	343
17. Nuestros cuerpos, nuestras vidas . . . . .	373
18. Autoinmune. . . . .	411
Conclusiones. Creednos. . . . .	423
Agradecimientos. . . . .	431
Bibliografía seleccionada y lecturas recomendadas . . . . .	433
Notas. . . . .	439
Índice onomástico y de materias . . . . .	495

## Úteros errantes

Hace ya muchos siglos, en la isla de Cos, en Grecia, una joven cayó enferma. Primero sintió una extraña debilidad y presión y pesadez en el pecho. No tardó en empezar a temblar por la fiebre; el dolor se apoderó de su corazón y unas terroríficas alucinaciones tomaron su mente. La encontraron vagando por las calles, tan consumida por la temperatura y el dolor que quería quitarse la vida. Lanzarse a un pozo o colgarse de un árbol con una soga habría resultado agradable en comparación con el tormento que asolaba su cuerpo y su mente. Su padre hizo llamar al médico, un hombre instruido en las artes curativas. El médico había visto aquella enfermedad en otras ocasiones, entre chicas que habían empezado a menstruar pero no se habían casado todavía. A medida que se desarrollaban durante la pubertad, su copiosa sangre femenina se había usado para el crecimiento. Sin embargo, en cuanto se habían convertido en mujeres, toda aquella sangre adicional se les acumulaba en el útero, lista para ser vertida un mes tras otro. Lo único que sabían los médicos era que aquella era la forma del cuerpo femenino de mantenerse sano. Aquella chica se estaba ahogando en su propia sangre. No tenía por dónde salir, y por eso había pasado del útero de vuelta a las venas, inflamándole el corazón y envenenándole los sentidos. El médico urgió al padre

de la chica a que la casara sin dilación, pues las relaciones sexuales le abrirían el cuerpo para que la sangre pudiera fluir hacia fuera, y el embarazo la sanaría.<sup>1</sup>

En otra familia de la isla, una mujer casada, más mayor, empezó a convulsionar con violencia. Se le pusieron los ojos en blanco, los dientes le rechinaban y en la boca la saliva le formaba espuma. Tenía la piel fría como un cadáver y el abdomen le dolía a rabiarse. Su marido hizo llamar al médico. Aquel mal solía afectar a las mujeres de su edad que habían dejado de mantener relaciones sexuales y de engendrar hijos. Observó cómo la mujer se retorció y sollozaba, y se dio cuenta de que tenía la piel pegajosa por el sudor. Su útero, vacío y seco porque no había nada que lo llenara, se le había subido hacia el hígado en busca de humedad. Desde allí le había bloqueado el diafragma y le había quitado el aliento. La estaba asfixiando su propio útero. El doctor esperaba que pronto le fluyera flema desde la cabeza para humedecerle el útero y mantenerlo en su lugar. Le escuchó la tripa en busca del gorgoteo del útero mientras regresaba al sitio que le correspondía. Si se quedaba demasiado tiempo cerca del hígado, la asfixiaría hasta acabar con ella. De haber mantenido relaciones sexuales con frecuencia, podría haberse librado de aquel calvario.<sup>2</sup>

Muchas otras mujeres como ella aparecen en los *Tratados Hipocráticos*, un compendio de escritos médicos atribuido a Hipócrates de Cos, el médico de la Grecia clásica —siglos IV y V a. e. c.— considerado el padre de la medicina. Como maestro y médico, Hipócrates revolucionó la disciplina. Desacreditó las supersticiones centenarias que afirmaban que las enfermedades eran castigos impuestos por dioses vengativos. Enseñó que la mala salud surgía de desequilibrios en el cuerpo, e inventó los estudios de caso de pacientes, en los que anotaba cuidadosamente los síntomas y el avance de la enfermedad y las recetas herbales que prescribía como tratamiento. Juró tratar las enfermedades de todas las personas lo mejor que su capacidad le permitiera y que jamás maltrataría el cuerpo de ningún hombre o mujer. Tanto si sus pacientes eran

nacidos libres o esclavos, prometió no hacerles daño alguno: el Juramento Hipocrático se convirtió en el pilar de la ética para con los pacientes, y todavía hoy lo pronuncian los estudiantes que se gradúan en Medicina.

Hipócrates insistió en que los cuerpos y las enfermedades de las mujeres debían ser abordados de forma muy distinta de como se abordaban los cuerpos y las enfermedades que afectaban a los hombres. Subrayó la importancia de que los médicos «aprendieran correctamente de la paciente el origen de su enfermedad» haciéndole preguntas «inmediatamente y con gran detalle sobre la causa». Muchas mujeres, apuntaba, sufrían y fallecían porque los médicos trataban sus enfermedades igual que «las enfermedades en los hombres».<sup>3</sup> Pero a pesar de reconocer que «las enfermedades de las mujeres» requerían enfoques especiales y específicos para su curación, Hipócrates no era precisamente un defensor del derecho de las mujeres a la autonomía sobre sus cuerpos y a tomar decisiones médicas informadas. Los *Tratados Hipocráticos* se escribieron en una época en la que la mayoría de las mujeres gozaban de muy pocos derechos civiles y humanos, si acaso tenían alguno. En el orden social patriarcal de la antigua Grecia, las niñas eran propiedad de sus padres, y las mujeres, de sus esposos. No podían poseer tierras, propiedades ni dinero, ni siquiera su propio cuerpo. Se las consideraba una versión más débil, lenta y pequeña del ideal humano masculino, deficientes y defectuosas precisamente por sus *diferencias* respecto del hombre. Pero, en su diferencia, las mujeres poseían el órgano más útil y misterioso de todos: el útero. Puesto que su único cometido era engendrar y criar a los hijos, sus úteros definían la salud de las mujeres en su totalidad. Las ideas médicas de la época reflejaban y legitimaban el control de la sociedad sobre el cuerpo femenino y su valioso poder procreador. En los albores de la historia médica occidental, en los escritos que se convertirían en los cimientos del discurso y la práctica de la medicina científica, las mujeres enfermas aparecían como una masa de úteros patológicos.

Los *Tratados Hipocráticos* se basaban en las enseñanzas de Hi-



pócrates, pero fueron escritos por distintos médicos que lo seguían. En otros tratados como *Sobre las enfermedades de las mujeres*, *Sobre la naturaleza de la mujer* y *Sobre las enfermedades de las vírgenes*, los médicos hipocráticos describieron muchos síntomas distintos que afligían a las mujeres, desde la pubertad y los inicios de la menstruación hasta la concepción, el embarazo y la menopausia. Hoy, la idea de que todas las enfermedades de las mujeres estuvieran relacionadas con sus funciones reproductivas suena como la peor de las conspiraciones misóginas, pero en la antigua Grecia, donde la existencia misma de las mujeres giraba en torno al útero, tenía sentido pensar que de él surgían también los trastornos y las disfunciones de sus cuerpos y mentes. Y es que los hipocráticos tampoco tenían mucho más en lo que basarse. Estaba prohibido diseccionar cuerpos humanos, de forma que desconocían dónde estaban situados exactamente los órganos, cómo circulaba la sangre o cómo funcionaba la respiración. No sabían nada acerca de las células, de las hormonas o de las neuronas. Su comprensión de la fisiología femenina decretaba que los cuerpos de las mujeres estaban excesivamente mojados porque contenían demasiada sangre. Y a esta conclusión llegaron porque las mujeres menstrúan.

Los médicos solo podían interpretar qué hacía enfermar a una mujer por medio de lo que veían y tocaban. Así, su limitado conocimiento y las actitudes sociales predominantes condujeron a la confección de teorías sobre la influencia del útero en todos los aspectos de la salud de las mujeres. A veces estaba enfermo y en ocasiones provocaba enfermedades en otras partes del cuerpo, incluida la mente. Era al tiempo canal y recipiente, y la mujer se mantendría sana siempre que su útero o bien expulsara humedad o se la llenara con ella. La cura para las patologías uterinas hipocráticas —desde la locura provocada por la menstruación reprimida hasta los horrores de la asfixia del útero— era tanto social como médica: el matrimonio, idealmente al llegar a los catorce años, mantener relaciones sexuales frecuentes con el marido

—quien solía tener unos treinta años— y tener múltiples embarazos. «Afirmo que una mujer que no ha concebido hijos enferma a causa de su menstruación con mayor gravedad y antes que otra que sí haya engendrado», escribió el autor del primer tratado *Sobre las enfermedades de las mujeres*.<sup>4</sup> Y es que el útero no dejaría de complicar las cosas si se encontraba reprimido por la virginidad, seco ante su sed de «semilla» masculina o vacío de hijos.

Las mujeres de la antigua Grecia no tenían más control sobre sus úteros que sobre cualquier otro aspecto de sus vidas. El útero ansiaba relaciones sexuales y embarazos de un modo que siempre escapaba al control de la mujer que lo albergaba, y para gobernar en el destino biológico de las mujeres, los médicos fomentaron el mensaje de que *el útero quiere lo que quiere*. A partir de los diagnósticos hipocráticos como el de la «asfixia uterina» surgió la idea de que un útero desocupado e inactivo podía moverse de su sitio y sembrar el caos en cualquier órgano que alcanzara, incluidos el corazón y el hígado, causando así una alarmante sucesión de síntomas: convulsiones que parecían ataques epilépticos, visiones delirantes, pérdida de aliento, dolores y parálisis.

Justo después de que se compusieran los *Tratados Hipocráticos*, cerca de mediados del siglo III a. e. c., Platón, el gran filósofo de Atenas, describió el útero como un ser viviente que se sentía «molesto y ofendido» cuando sus deseos reproductivos no se satisfacían. En su famoso diálogo *Timeo*, en el que habla acerca del mundo, del universo y de todo lo que en él se halla, Platón fusiona el propósito biológico de las mujeres con sus aparentemente indomables impulsos sexuales para crear la mitología de un útero que vagaba «por todo el cuerpo», bloqueando «los canales del aliento», sometiendo a quien lo padecía a una «tensión extrema» y provocando «todo tipo de trastornos».<sup>5</sup>

En torno al siglo II, Areteo, de la provincia romana de Capadocia, avanzó en la enseñanza sobre la «asfixia uterina» al proclamar que el útero era como «un animal dentro de un animal». Dada su capacidad de moverse «de aquí para allá» y su reacción ante olores

dulces y fétidos, Areteo decidió que gozaba de apetitos e inclinaciones propios. A menudo se usaban las fumigaciones con hierbas como remedio para atraer a los úteros desplazados de vuelta al lugar que les correspondía. Aquellos úteros animalescos eran erráticos y sus movimientos bruscos y violentos podían flotar hacia arriba y hacia abajo e «inclinarse de este lado y de aquel, como un tronco de madera». Un útero podía vagar lo suficiente como para comprimir los intestinos de la mujer o estrangularle la garganta, tras lo cual se quedaba sin fuerzas, le fallaban las rodillas, le dolía la cabeza y padecía vértigo y las venas de la nariz le palpitaban dolorosamente. Si el útero llegaba a asfixiarla, se le podía debilitar el pulso y podía perder el habla y el aliento. En los casos más graves, padecería «una muerte muy súbita e increíble» en la que no tendría el aspecto de haber muerto, sino que de algún modo tendría una apariencia mucho más radiante que de viva.<sup>6</sup>

Los autores médicos de la Grecia y la Roma antiguas sostenían muchas opiniones distintas sobre el útero errante, pero en todas intervenía el útero como fuerza impulsora de muchas enfermedades, afecciones y síntomas de las mujeres. Las mujeres estaban bajo el dominio de la autoridad masculina, y el discurso médico legitimaba su sumisión al subordinar los cuerpos de las mujeres a los caprichos del órgano que definía su propósito social. Tanto si aquellos médicos de veras creían que el útero vagaba o solo imaginaban que lo hacía, la idea de que todas las mujeres con útero eran susceptibles de enfermar porque sus cuerpos estaban empecinados en crear bebés persistió durante siglos.

Mientras la civilización avanzaba lentamente hacia la Edad Media, el útero vagaba a su lado. La caída del Imperio romano sumió a Europa en la Alta Edad Media. Con el ascenso de la teología y la mitología cristiana en todo el mundo occidental a partir del siglo I, interpretadas y difundidas por medio de los escritos de san Pablo, llegaron nuevas creencias punitivas acerca de las mujeres y sus cuerpos. Los griegos clásicos habían culpado de todas las enfermedades del mundo a Pandora, la primera mujer mitológica

que había sido demasiado débil como para resistirse a abrir la tinaja de los males prohibida que su esposo Epimeteo tenía a su cargo.<sup>7</sup> El cristianismo contaba una historia diferente, en la que las mujeres y sus cuerpos tenían la culpa de todos los pecados del mundo. El Libro del Génesis decretó que Eva, la mujer original, imperfecta e incompleta desde el primer momento —un pensamiento de última hora creado a partir de la costilla de Adán— lo estropeó todo con su comportamiento deseoso y desobediente. Los escritos médicos que sobrevivieron a la caída de Roma debían ser aprobados meticulosamente por la Iglesia, lo que significa que los mismos hombres que hacían proselitismo con la idea de que las mujeres eran universalmente pervertidas eran también quienes se encargaban de enseñar los textos que afirmaban que el cuerpo femenino era inferior, defectuoso y siempre gobernado por los caprichos del útero.

Las traducciones latinas de los libros antiguos sobre las enfermedades de las mujeres, custodiadas en las bibliotecas de los monasterios, educaban a los médicos varones —los *medici*— acerca de la influencia del útero en las enfermedades de las mujeres. La mayoría de las mujeres de las clases plebeyas de principios de la Edad Media recibían cuidados médicos de las sanadoras y matronas de sus comunidades, quienes atendían dolencias y proporcionaban remedios, además de ocuparse de los partos. Pero cuando a una mujer la visitaban los *medici*, sus síntomas solían ser achacados a las «múltiples y variadas»<sup>8</sup> fuerzas del útero. Afortunadamente, algunas de las fuentes sobre las enfermedades de las mujeres al menos intentaban ofrecer una visión menos dramática. Uno de los volúmenes más populares de la época era *Ginecología*, un exhaustivo texto atribuido a Sorano de Éfeso, un médico griego que ejerció en Roma en el siglo II, que se había traducido al latín por primera vez en el siglo VI. Con algo de manual práctico para matronas y algo de tratado sobre los múltiples y variados trastornos del útero, *Ginecología* surgió de la visión de Sorano, más equilibrada y holística, de la salud humana.<sup>9</sup> Sorano no comulgaba

con la idea de que las diferencias biológicas de las mujeres las convertían en seres inferiores y defectuosos por naturaleza, y se alejó de la concepción hipocrática de que, a causa de ello, las mujeres necesitaban una rama completamente distinta de la medicina. Así, no proclamaba que la menstruación, las relaciones sexuales y el embarazo fueran la cura para todo lo relacionado con las enfermedades de las mujeres, aunque sí creía que, para tratar a las mujeres, era crucial partir de una comprensión adecuada de sus problemas ginecológicos.

Para Sorano, la enfermedad era una condición humana universal provocada por distintos estados de relajación y opresión en los órganos y en los sistemas del organismo. La idea de un útero errante le parecía bastante improbable, «puesto que el útero no sale como un animal de una madriguera».<sup>10</sup> Atribuir tales impulsos al útero constituía, según sus enseñanzas, un impedimento para la curación de las mujeres. La creencia clásica de que el útero regresaría al lugar que le correspondía si la mujer inhalaba «malos olores» como resina de cedro, cabello y lana quemados, mechas de lámpara apagadas, cuernos de ciervo chamuscados y chinches aplastadas le parecía ligeramente ridícula. Tampoco veía con buenos ojos al filósofo de la Grecia antigua Jenofonte, quien, en la época de Hipócrates, sugirió golpear platos metálicos y formar un gran escándalo para que el útero volviera a su sitio despavorido. Las enfermedades como la «asfixia uterina» aparecían porque el útero estaba oprimido por la inflamación provocada por problemas menstruales, dificultades en el parto, abortos y menopausia. Ello podía causar un dolor intenso en el abdomen, fiebre, debilidad en las extremidades y «contracciones convulsivas» que «acaparaban los sentidos», pero no conducía a la mujer a padecer una crisis de manía apoplética similar a la epilepsia, como aseguraban los hipocráticos. De hecho, Sorano pensaba que todo ese asunto de la fumigación era la verdadera causa de algunos de los síntomas asociados a la asfixia uterina, como el «torpor», y que los remedios que incluían «introducir aire a la fuerza en la vagina a

través de fuelles de herrero» perjudicaban en lugar de curar «las partes inflamadas». Los tratamientos que planteaba eran mucho más sensatos. Recomendaba tumbar a la mujer en una sala iluminada y cálida «sin hacerle daño», colocarle compresas templadas sobre el vientre y enderezarle con cuidado las extremidades contraídas. Si el «paroxismo» no cedía, no le recetaba un revolcón en la cama conyugal, sino que la animaba a que recuperara la salud a través del ejercicio físico y «paseos», gimnasia ligera, baños, unción de aceites, diversos alimentos «de olor fuerte», ejercicios vocales y leer en voz alta.<sup>11</sup>

En la Edad Media, las leyes morales cristianas prohibían que los *medici* examinaran físicamente a las mujeres. El cuerpo femenino estaba rodeado de secretismo y vergüenza, y no solo ante los ojos y las manos de los médicos varones, ya que las propias mujeres no se habrían atrevido a revelar detalles íntimos a los hombres sobre lo que ocurría en sus cuerpos. Algunos autores médicos de la época se hacían eco de los sentimientos de las mujeres, incluido el que se refirió a las quejas ginecológicas de una mujer como «su deshonra».<sup>12</sup> En los escritos hipocráticos fundacionales *Sobre las enfermedades de las mujeres*, la vergüenza que sentían las pacientes, especialmente las jóvenes que carecían de «experiencia», se identificaba como un obstáculo para que se les procurara el cuidado y el tratamiento que precisaban. Aunque los autores hipocráticos recomendaban a los médicos que preguntaran a las mujeres acerca de la «causa» de sus enfermedades, también creían que su sentido de la vergüenza —acompañado de su ignorancia sobre asuntos médicos— hacía que no tuvieran que ser necesariamente consideradas narradoras creíbles de lo que ocurría en sus propios cuerpos. Las «enfermedades de las mujeres [...] son peligrosas [...] y difíciles de entender porque son ellas quienes comparten estas afecciones [...] ya que las mujeres sienten vergüenza de decirlo incluso si lo saben, y suponen que es una deshonra a causa de su inexperiencia y carencia de conocimiento».<sup>13</sup> A falta del tipo de preguntas profundas que solo un médico acreditado

era capaz de plantear, la enfermedad de una mujer joven bien podía volverse incurable. Pero si la mujer era mayor y disponía de un grado razonable de experiencia acerca de las «enfermedades que vienen con la menstruación», su propio testimonio podía ser tomado más en serio.<sup>14</sup> Sin embargo, en última instancia, incluso cuando los hombres de medicina tenían prohibido tocar los cuerpos de las mujeres, el conocimiento generado por los hombres era el que determinaba cómo debían ser curadas.

La *Ginecología* de Soranos proporcionaba exhaustivas instrucciones para las matronas, quienes tenían más acceso a los cuerpos de las mujeres. Queda claro que quería aliviar el dolor y el sufrimiento de las mujeres en lugar de castigarlas con extrañas «curas» basadas en unas supersticiones religiosas y culturales todavía más extrañas, pero sus obras se tradujeron y se enseñaron en una época en la que las mujeres estaban subordinadas a los hombres y cuyo cometido principal era casarse y tener hijos. La enfermedad era un castigo por haber pecado, y los cuerpos de las mujeres y sus órganos reproductivos eran la fuente original de dicho pecado. La transmisión de las ideas médicas de la Grecia antigua sobre los cuerpos defectuosos y los temperamentos delirantes de las mujeres hizo que la Edad Media continuara bajo el dominio de ideas sumamente desdeñosas acerca de la biología femenina. En los siglos siguientes, a medida que los conocimientos nuevos se sumaban a los viejos, las mitologías punitivas y opresivas sobre el útero errante siguieron moldeando las actitudes hacia los cuerpos y las vidas de las mujeres y su susceptibilidad a caer enfermas.

A partir del siglo XI, la ciudad de Salerno, en el sur de Italia, se convirtió en la institución más importante para la enseñanza y el aprendizaje de la medicina desde los tiempos de Hipócrates. También fue la primera en formar a las mujeres como médicas. Para instruir las, los maestros de Salerno partían de muchas fuen-

tes distintas, incluidas las obras de Hipócrates, Soranos, Galeno de Pérgamo —el médico más influyente surgido del Imperio romano— y traducciones de manuales médicos y enciclopedias árabes.<sup>15</sup> La mujer más famosa de Salerno fue Trota, una doctora que vivió a mediados del siglo XII. Se cree que fue la autora de *La Trótula*, un compendio de tres libros sobre los síntomas y los tratamientos de las enfermedades de las mujeres que se popularizó y cuyo uso fue generalizado en la Edad Media. En el primer libro, titulado *Las enfermedades de la mujer*, la autora empieza explicando que las mujeres «desde su condición de fragilidad, y por vergüenza y pudor, no se atreven a revelar el tormento de sus enfermedades (las cuales se dan en un lugar muy privado) al médico».<sup>16</sup>

Partiendo de lecturas e interpretaciones de las obras de Hipócrates y Galeno, *La Trótula* no se desvía de la sabiduría predominante que establecía que las mujeres eran débiles fisiológicamente, de biología inferior y siempre propensas a la mala salud a causa de su aparato reproductor. Siguiendo los pasos de la teoría de Galeno sobre el humoralismo, según la cual la enfermedad viene provocada por desequilibrios entre las cuatro sustancias esenciales del cuerpo —bilis negra, bilis amarilla, flema y sangre—, la autora mantiene que las mujeres menstrúan porque no son capaces de generar el calor necesario para deshacerse de los humores nocivos y excesivos. Los síntomas de la menstruación excesiva, reprimida y retenida, además de la eterna favorita, la «asfixia del útero», aparecen descritos en el libro, aunque la autora no insinúa que estas dolencias lleven a las mujeres a tirarse a un pozo, a tener alucinaciones aterradoras o a perder la cordura. En lo que respecta al útero errante, es cierto que el útero puede ascender lo suficiente como para provocar dolor abdominal y descender en caso de prolapso, pero tal como subraya la autora, no puede ir flotando por el cuerpo, destrozando todo lo que toca.

La figura de la propia Trota aparece en el segundo libro, *Sobre los tratamientos de las mujeres*, donde la autora habla de una mu-



jer joven afectada de lo que parece ser un desgarro en el útero o en los intestinos. Trota, «llamada junto al maestro para esta operación», acudió a la casa «para, en secreto, determinar la causa de la enfermedad». La joven se libró de la cuchilla del cirujano porque Trota descubrió que en realidad tenía «ventosidades» en el útero. Las instrucciones de Trota consistieron en que se diera largos baños de agua con hierbas, que se le masajearan las extremidades y que se le aplicara un «apósito» tibio hecho de jugo de rábano silvestre y harina de cebada en la vagina «para consumir la ventosidad». <sup>17</sup> La joven se curó.

El objetivo último de los tratamientos prácticos y humanos de Trota era ayudar y curar a las mujeres, no castigarlas ni condenarlas. Los libros de *La Trótula* arrojaron luz sobre los misterios de las enfermedades de las mujeres en una época en la que morían a causa de la profunda vergüenza que la sociedad —y ellas mismas— sentían del cuerpo femenino. Lamentablemente, los esfuerzos de Trota serían en vano, al menos durante los siglos que siguieron: llegado el siglo XIV, se prohibió que las médicas ejercieran profesionalmente en toda Europa. La medicina volvió a estar dominada por hombres religiosos que propagaban la creencia de que el cuerpo femenino era un instrumento de pecado. La superstición religiosa sobre la enfermedad como castigo divino se entrelazaba con las actitudes médicas acerca del potencial destructor de los cuerpos de las mujeres. Armados con la justificación religiosa de que las mujeres eran contaminantes y depravadas, la fascinación y el miedo de la medicina por los secretos de la biología femenina dieron un giro siniestro. Para demasiadas mujeres, las consecuencias serían nefastas.